1597

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

EL CAMINO DE LA GLORIA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. MANUEL LINARES

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PROPIEDAD
MADRID

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1891

12

EL CAMINO DE LA GLORIA

EL CAMINO DE LA GLORIA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. MANUEL LINARES

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 23 de Febrero de 1891.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
FERNANDO ROJAS, abogado.....	Sr.	Amato.
MARGARITA DE ROJAS, su mujer.	Srta.	Cuello.
MARÍA LUISA ROJAS, hija suya..	»	Badillo.
ENRIQUE ARQUÉS, marino.....	Sr.	Manini.
CARLOS, hijo suyo, ídem.....	»	Alvarez.
SEÑOR CARRIEDO, diplomático, que habla despacio.....	»	García.
SEÑORA DE CARRIEDO, que habla de prisa.....	Sra.	Tubau.
GENERAL ISLA.....	Sr.	Vallés.
JACOBITO.....	»	Olona.
SEÑOR GONZÁLEZ, diputado.....	»	Manso.
SEÑOR MARQUÉS.....	»	Sánchez Calvo.
SEÑORA MARQUESA.....	Srta.	Miserachs.
CARMENCITA.....	»	Pestalardo.
EL BARÓN.....	Sr.	Osuna.
UN CRIADO.....	»	Vázquez.

La escena pasa en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

La escena representa un saloncito de una casa de buen tono donde se celebra una soirée, con la serre al foro.

ESCENA PRIMERA

CARRIEDO sentado con el SEÑOR GONZÁLEZ, después JACOBITO, FERNANDO, MARGARITA y MARÍA LUISA

CARR. Mire usted, mi querido señor González. En mi opinión, no deben forzarse nunca los procedimientos, sino con con táctica y con diplomacia.

GONZ. Pero mi querido señor Carriedo, embajador ilustre, ¿no comprende usted que no hay diplomacia posible con un jefe de gobierno que engaña á quien necesita tratar con él y engaña á quien le sirve de intermediario?

CARR. No siempre se hace lo que se quiere, señor mío: la política tiene sus trabas.

GONZ. Cuando las cosas llegan á cierto extremo ..

CARR. No conviene, no conviene.

669607

GONZ. Hace mucho que vengo diciéndoselo al General: General, es preciso decidirse. Pero nada, el General no se decide.

CARR. Son muchos galones para meterse en aventuras. Jacobito... (A Jacobito que entra por el foro.)

JACOB. Vengo del Real: ¡cómo han cantado *La Africana*!...

CARR. Mal, ¿eh?

JACOB. Ya no hay artistas... así es que nadie atendía.

GONZ. ¿Y de noticias?

JACOB. Estuve un momento en el palco de Chichita: allí oi contar lo del ingeniero. ¿Usted no lo sabe?

CARR. No.

JACOB Pues verá usted. Un ingeniero de Caminos le hacía la corte á la mujer de un profesor de la escuela: el marido lo supo y quiso aguardar al último momento para caer de improviso... Ayer le avisó la doncella de su mujer, que tenían la primera cita hoy á las tres, en la calle Ancha, número no sé cuántos. Desde las dos se puso el profesor en acecho, y en efecto, á las tres y minutos...

CARR. ¿Los vió entrar?

JACOB. No señor; los vió salir. (Pausa.) También me contaron que la Condesita de Cotorredondo...

GONZ. ¿Qué le contaron á usted de mi prima la Condesita de Cotorredondo?

JACOB. Que...

GONZ. ¿Qué?

JACOB Que ha estrenado una *riviere* de brillantes lindísima... (Rojas, Margarita y María Luisa entran por la serre dándole los abrigos al Criado.)

GONZ. (Á Carriedo.) Los de Rojas (Mirando al foro.)

CARR. (Saliendo á recibirlos.) Ya los echaba á ustedes mala fama por la tardanza.

GONZ (Á Jacobito.) Es usted algo inconveniente, joven.

CARR. (A Jacobito adelantándose al proscenio.) Jacobito, ¿quiere usted hacerme el favor de avisar á la Condesa que está en el salón?

JACOB. Con mucho gusto. (Hace una reverencia yéndose hacia la puerta de la izquierda.

S. CARR. (Entra por la izquierda, del brazo del General.) Con el permiso de usted, General. (Yendo á saludar á Fernando, Margarita y Luisa. El General se queda á la izquierda.)

JACOB. (Á la señora de Carriedo.) Á buscarla á usted iba... (Vase por la puerta de la izquierda.)

ROJAS. Hemos tardado, porque quise esperar á un amigo, un antiguo amigo que ha llegado hoy.

MAR. Mi enhorabuena, señor de Carriedo.

CARR. Muchas gracias, señora.

MAR. Hará usted un excelente embajador.

ROJAS. ¿Y cuándo es la marcha?

CARR. Hoy me despido de mis íntimos; pero hasta mediados de mes...

S. CARR. (Á Margarita.) Viene usted elegantísima.

MAR. Es un regalo de Fernando. (Señalando á Rojas.).

S. CARR. Y usted, María Luisa, ¿trae usted muchos ánimos para bailar?

LUISA. Siempre.

ROJAS. ¿Usted conoce aquello?

CARR. Yo, no. Mi mujer es amiga del emperador.

S. CARR. Amiga, no. He tenido el honor de ser presentada en Palacio y que me hablase alguna vez.

CARR. (A Margarita, ofreciéndole el brazo.) ¿Quiere usted que vayamos al salón?

MAR. Vamos.

ROJAS. (Ofreciendo el suyo á la señora de Carriedo.) ¡Si usted quiere!

CARR. (Presentando de paso al señor de González.) Nuestro buen amigo el señor González, Diputado á Cortes.

S. CARR. Nuestro buen amigo el General Isla. (Se van por la izquierda.)

ESCENA II

GONZÁLEZ y el GENERAL; después un CRIADO

GONZ. (Deteniendo al General.) Tenemos que hablar, General.

GEN. ¿No sería igual luégo? He quedado en ver á una amiguita después de este vals, para explicarle cómo se hace el injerto de rosas blancas.

GONZ. Un General no debe hablar de flores.

GEN. ¿Pero qué quiere usted que haga, si me gustan?

GONZ. General, ya no se puede tener más contemplaciones...

GEN. Lo que es conmigo, bien pocas tiene usted.

GONZ. La cosa está muy mal.

GEN. ¿Qué cosa?

GONZ. Lo política.

GEN. ¡Ah! La política; sí, muy mal.

GONZ Es preciso hacer algo.

GEN. Eso digo yo: es preciso hacer algo.

GONZ. Decidirse.

GEN. Eso, eso; decidirse.

GONZ. Los amigos están conformes, usted veo que también lo está...

GEN. Pues si estamos todos conformes, me retiro.

GONZ. Pero General...

GEN. (Marchándose.) Ya hablaremos, ya hablaremos. (Atraviesa un Criado.)

GONZ. ¿Puedo avisar á los amigos?

GEN. (Desde la puerta, volviéndose á medias.) Usted no avise á nadie. Nada, nada, que no se avise á nadie. Venga usted á ver las muchachas. Tiempo tenemos de hablar de política.

GONZ. Hay que hacer un acto de energía. (Se van los dos por la izquierda.)

ESCENA III

ENRIQUE, CARLOS, CARRIEDO y un CRIADO

ENR. Esperaremos aquí. (Entran por la serre.)

CARR. (Entrando por la izquierda: el Criado, que viene con él, atraviesa y se va por la serre.) Señores...

ENR. Perdone usted que sin invitación...

CARR. Usted no la necesita, señor mío, y en todo caso, yo soy el que debe disculparse por no haberle invitado; pero creia que no estaba usted en Madrid.

ENR. Hemos llegado esta tarde... Mi hijo Carlos... (Presentándole.) Tengo precisión de ver al señor Rojas, á quien no encontré en su casa, y cuando he vuelto á buscarle, me dijo el criado que estuvo esperando y que tenía el compromiso de venir aquí.

CARR. Aquí está: acaba de llegar, y me ha dicho que vino tarde por esperar á un amigo: por lo visto le esperaba á usted.

ENR. Seguramente.

CARR. Pasen ustedes. (Vanse por la izquierda. Á Carlos.) Voy á presentarle á usted á la Condesa, y ella se encargará de presentarle á usted muchachas bonitas... (Vanse por la izquierda.)

ESCENA IV

LA MARQUESA y el BARÓN; después JACOBITO, CARMENCITA, ROJAS, MARGARITA, EL GENERAL, MARQUÉS, SEÑORA DE CARRIEDO y CARLOS.

MAR. (Que se cruza con Carriedo y Enrique.) ¿Ha visto usted qué animado está el salón?

BARON. (Que viene dándole el brazo.) Mucho. Es que tiene una suerte este Carriedo...

MAR. Mire usted, Barón, que hacerle cónsul...

BARON. Embajador, Marquesa, embajador.

MAR. ¿Y de qué potencia?...

BARON. De primer orden, Marquesa, de primer orden...

MAR. Por el talento no habrá sido.

BARON. Pues por su fortuna, tampoco.

MAR. Está medio arruinado.

BARON. Si no lo está del todo... (Entran por la izquierda Carmencita y Jacobito, adelantando hacia la derecha, paseándose; figuran que hablan.)

MAR. Dicen que su mujer es amiga del príncipe.

BARON. Hasta se dijo que la cortejó cuando estuvo aquí hace dos años.

MARQ. Pero yo no lo creo, Barón.

BARON. Ni yo tampoco, Marquesa. (Paseándose por el foro.)

JACOB. Está usted monísima, Carmencita.

CARM Ya me lo ha dicho ustêd antes, Jacobito.

JACOB. No importa.

CARM. No, á mí no me importa nada.

JACOB. Muchas gracias, Carmencita.

CARM. No hay de qué, Jacobito. (Entran por la izquierda Rojas y Margarita del brazo del General.)

ROJAS. Te dejo un instante con el General... (Vase por la izquierda. El General y Margarita, de pié él y ella sentados al lado derecho. Al marcharse Rojas le detiene el Marqués que entra por la izquierda.)

MARQ. Señor Rojas.

ROJAS. Señor Marqués.

MARQ. ¿Que hay de cosas?

ROJAS. Nada. ¿Cómo ha cerrado hoy?

MARQ. ¿La Bolsa?

ROJAS. Sí.

MARQ. Mal; sigue bajando; hoy casi un entero y sin que haya motivo. ¿Y en el Congreso, qué hubo esta tarde?

ROJAS. Lo de siempre; preguntas á primera hora de interés general, es decir, sin interés ninguno, y luégo ha se-

guido la interminable orden del día de los ferrocarriles del Este.

MARQ. ¿De política, nada?

ROJAS. Nada.

MARQ. Hasta luégo.

ROJAS. Hasta luégo. (Rojas entra por la izquierda y el Marqués se acerca al grupo de Carmencita y Jacobito.)

GEN. ¿Conque usted se va mañana? (A Margarita.)

MARG. Yo no, mi marido á Sevilla. Tiene allí un pleito y señalaron la vista para el jueves.

GEN. Hoy es domingo ya.

MARG. No, General; hoy es sábado.

GEN. Eso es: hoy sábado, mañana domingo.

MARG. Siento que vaya porque dicen que no están los ánimos muy sosegados.

GEN. Es que el Gobierno recarga tanto las contribuciones...

MARG. Están los pueblos agobiados.

GEN. Pero esto no puede durar mucho.

MARG. ¿Supone usted?...

GEN. Hago más que suponerlo.

MARG. ¿Y eso?

GEN. Estoy muy cansado de esperar; los amigos me apremian y el día menos pensado...

MARG. ¡Por Dios, General!...

GEN. Yo no le oculto al Gobierno mi descontento; hace falta un acto de energía; me encuentro dispuesto.

MARG. Me asusta usted, General.

GEN. Yo soy un hombre que duermo vestido.

MARG. ¡Estará usted muy incómodo!

GEN. Quiero decir que estoy siempre pronto al primer llamamiento de los amigos.

MARG. Comprendo, comprendo.

GEN. A la menor indicación de los míos monto á caballo.

MARG. ¡Por Dios, General; apéese usted. (La señora de Carriedo y Carlos entran por la izquierda.)

S. CARR. Con franqueza, señor oficial.
CARLOS. Con franqueza, señora.
S. CARR. ¿Cómo le gustan á usted las mujeres?
CARLOS. ¡De todas maneras!
S. CARR. ¿Rubias ó morenas? pregunto.
CARLOS. Rubias.
S. CARR. ¡Si son tan sosas!
CARLOS. ¡No son tan sosas, no!
S. CARR. Le presentaré á usted rubias.
CARLOS. También las morenas...
S. CARR. Llega tarde el cumplido.

MARG. Ustedes los hombres juegan la vida á cada paso.
GEN. Es el deber del militar.

S. CARR. (Yendo con Carlos por la izquierda.) Parece mentira que á un oficial de marina, un hombre que ha corrido mundo, le gusten las rubias...

GEN. Yo sólo espero que los amigos me digan ¡ahora! para lanzarme.
MARG. ¡Por Dios, General!...
GEN. Cuando yo era teniente, estando de guarnición en Zaragoza, fuímos una noche á la calle del Coso varios amigos. Mientras uno de ellos hablaba con la novia me estuve batiendo contra cinco hombres durante una hora, hasta que el otro llegó y entre los dos los hicimos correr. (Se oye la orquesta invitando al vals.)

ESCENA IV

DICHOS; el Marqués entró con el Barón, y en vez de acercarse á Carmencita, pasea con él.

S. CARR. (Presentándole á Carmencita.) Carmencita, el hijo del señor Marqués, á quien usted conoce... (Marchándose por la derecha. A Carlos aparte.) No estará usted descontento,

le he presentado á usted una muchacha rubia y bonita... todo lo bonita que puede ser una rubia...

JACOB. Carmencita...

CARM. Jacobito... ¿por qué no acompaña usted á la señora de Carriedo? (Jacobito se va con la señora de Carriedo.)

CARLOS. ¿Tendré el honor de bailar con usted?

CARM. (Dándole el carnet.) Elija usted...

S. CARR. (Al Barón.) ¿Cómo no vino Enriqueta?

BARON. Los chiquillos, que la tienen mareada todo el día.

S. CARR. Dígale usted que estoy muy enfadada con ella.

BARON. Vendremos para que pueda disculparse...

S. CARR. (Al Marqués.) Ya sé que ha dirigido usted un cotillón el viernes admirablemente...

MARQ. Señora...

JACOB. Trae usted un prendido maravilloso. ¡Qué luces!...

S. CARR. (A Margarita.) Margarita, ¿y ese viaje á Sevilla?

MARG. Es Fernando sólo el que va.

GEN. Y los de López Martín, ¿no han venido?

S. CARR. Con el novio de la niña no pueden venir á reuniones, porque es tan ridículo, que le desagrada que su novia baile vals... Como si tuviera algo de particular.

MARG. y JACOB. Nada.

GEN. ¿Qué ha de tener de particular, para el hombre que quiere á una mujer que la abrace un zascandil? ¡nada! ¡y como todos bailan con tanta delicadeza y tanta corrección!...

S. CARR. Esas son exajeraciones de usted...

GEN. De ellos, de ellos...

S. CARR. Lo que sucede en esa casa con el novio, es curiosísimo Figúrese usted, Margarita, que á poco más del año de conocerse los muchachos, y después de unos dos meses de la presentación, lo aceptan por novio. Así no puede haber un buen matrimonio, porque no han tenido tiempo de conocerse: para conocerse algo un hombre y una mujer, ¿qué menos que cinco años?

GEN. Cinco años para conocerse; otros cinco para que se quieran, son diez; otros diez para conocer á la familia, si no es muy numerosa... ¡se casa á los ochenta y siete años, como no hayan empezado las relaciones cuando los llevaban á la escuela!...

S. CARR. No se debe ir tan de prisa como usted quiere, General, porque el hombre no se presenta desde el primer día tal y como es, sino humilde, muy humilde... y la mujer también le oculta al hombre muchas cosas...

JACOB. Demasiadas...

S. CARR. Jacobito, ¿porque no va usted á hacer la corte á Carmencita.

BARON. (Acercándose) ¿Y qué hay del concierto?

S. CARR. Esta tarde estuve en casa de la Presidenta de la Junta, pero no hemos acordado nada.

MARG. ¿Será el domingo?

S. CARR. No, el domingo, no: no quieren dar el teatro para ese día: será el jueves. (Se oye el vals.) Voy al salón, no se vaya á quedar alguna rubia sin bailar... Deme usted el brazo. (Al Barón.)

BARON. Usted no va allí á ser la embajadora.

S. CARR. ¿Que no?

BARON. Va usted á ser la reina.

JACOB. ¿Bailaremos, Carmencita?

CARM. Con mucho gusto, Jacobito.

JACOB. ¿El primer vals?

CARM. Vals, no; los tengo todos comprometidos.

JACOB. ¿El primer rigodón?

CARM. El primero no puedo.

JACOB. Bien, el segundo.

CARM. El segundo tengo que bailarlo con ese marino que acaban de presentarme.

JACOB. El tercero entonces.

CARM. El tercero es con el señor Marqués; pero el cuarto con mucho gusto.

JACOB. Es que no quedan más que tres.

CARM. Pues otra noche.

JACOB. Muchas gracias, Carmencita.

CARM. No hay de qué, Jacobito.

MARQ. (Ofreciendo el brazo á Carmencita.) ¿Vamos?

CARM. Vamos. (Vanse por la izquierda.)

GEN. Iremos al salón. (Ofreciendo el brazo á Margarita.)

GONZ. (Entrando.) General, necesito hablar con usted. Señora, perdone usted esta indiscreción. Jacobito, ¿quiere usted dar el brazo á esta señora?

JACOB. Con mucho gusto. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA V

GONZALEZ y EL GENERAL

GONZ. General, llegó el momento... ¿Ha oído usted?

GEN. Perdone usted: estaba distraido.

GONZ. Digo que ha llegado el momento.

GEN. No me gusta nada bailar; pero en fin, bailarémos ese rigodón, ya que estamos comprometidos.

GONZ. No se trata de eso.

GEN. ¿Pues de qué se trata?

GONZ. ¿Es que no quiere usted entenderme, General? Se trata de montar á caballo.

GEN. ¿Ahora?... ¿De noche?

GONZ. Al amanecer.

GEN. ¿Y mi reuma?

GONZ. No hay reuma para la patria.

GEN. Para la patria no, el reuma es para mí.

GONZ. Sólo usted falta.

GEN. Luégo batirse á esas horas... sin luz...

GONZ. «¿Es que tiene usted miedo?»

GEN. «¿Miedo? Cuando yo era teniente, estando de guarni-

»ción en Zaragoza, fuímos una noche á la calle del »Coso...»

GONZ. «Ya me lo ha contado usted, General.»

GEN. «Entonces...»

GONZ. «Pues ahora es la ocasión de mostrar ese valor que »todos reconocemos en usted.»

GEN. «Un General no necesita demostrar valor; con ser »General lo ha demostrado ya.»

GONZ. ¿Nos abandona usted en el momento del peligro?

GEN. No, estoy dispuesto siempre; pero no es este el momento indicado .. yo hablaré mañana en las Cortes: un discurso enérgico, señalando plazos brevísimos.

GONZ. ¿Es decir, que otra vez damos contraorden?

GEN. No hay más remedio. Aún no llegó la hora oportuna.

GONZ. ¿Pero cuándo?

GEN. Veremos lo que el Gobierno contesta á mi discurso, y si no está conforme en atender mis indicaciones ni plantear las reformas indispensables, entonces...

GONZ. ¿Entonces hará usted otro discurso?

GEN. ¡Oh, no, no, no!

GONZ. ¿Será el momento de...?

GEN. ¡Oh, sí, sí!...

GONZ. Vamos á fumar un cigarro. (Se van por la derecha.)

ESCENA VI

MARGARITA, ENRIQUE y CARRIEDO; se oye dentro, pianísimo un vals.

MARG. (Entrando por la izquierda.) ¡Qué hombre tan insustancial es ese Jocobito, y qué calor el del salón!... (Dando frente á un espejo. Entran Enrique y Carriedo por la izquierda; desde dentro llaman ¡señor Carriedo!)

CARR. ¡Perdone usted... los deberes de amo de casa... (Carriedo sale de nuevo por la izquierda; entra solo Enrique.)

MARG. (Viendo á Enrique en el espejo.) ¡Enrique! (Bajo.)

ENR. ¿Margarita aquí? (Bajo. Acercándose.) ¡Margarita!

MARG. Caballero...

ENR. ¡Margarita! (Pausa. Con la voz reconcentrada.) ¿No oyes que te llamo Margarita como te he llamado siempre? ¡Pues como siempre me has llamado, contéstame ahora llamándome Enrique.

MARG. (Muy bajo.) No tiene usted derecho para hablarme así.

ENR. ¿Que no tengo derecho para llamarte por tu nombre y exigir que me llames por el mío?

MARG. No.

ENR. ¿Pero tú no sabes quién soy? ¡No, no me has visto! Ven más á la luz, ven, mírame, abre los ojos, cara á cara. (Llevándola al centro.)

MARG. ¡Más bajo, por Dios!

ENR. ¿Y para qué más bajo? Si no eres tú Margarita, ¿qué importa que oigan?

MARG. ¡Enrique!

ENR ¡Por fin has sabido mi nombre! Díme, Margarita.

MARG. Margarita, no: la señora...

ENR. ¡Te casaste tú! (Con asombro.)

MARG. Abandonada ..

ENR. Yo me casé por exigencias de familia, que no pude resistir; una prima mía: arreglada la boda desde niños: mi padre enfermo, sin más apoyo que el mío, suplicándome... ¡debía ceder y cedí!...

MARG. Abandonada, sola con mi madre, por ser fiel á la infamia tuya, iba á renunciar la mano de un hombre honrado que me brindaba paz y cariño esperando; ¿qué había de esperar?

ENR. ¡El cariño mío!

MARG ¿Casado ya, esperar tu cariño? Te equivocaste si lo has pensado. (Pausa.) ¡Dios mío, qué imprudencia! si nos viera alguien... ¡Váyase usted, Enrique!

ENR. ¿Me hablas á mí?

MARG Vete, Enrique, ó déjame marchar.

ENR. Una pregunta sola: ¿Quién es?...

MARG. (Pausa.) Fernando Rojas. (Bajo.)

ENR. (Cogiéndola.) ¿Fernando Rojas has dicho? ¿Tú la mu-

jer del amigo á quien yo quiero como hermano?

MARG. ¡Déjame, por Dios!

ENR. Sí, vete, que yo también voy á contarle...

MARG. ¡Enrique!

ENR. La confianza que mereces.

MARG. (Cogiéndole). ¿Qué vas á hacer? ¡No comprendes que es mi desgracia y la suya!... (Termina el vals). Ha acabado el baile... van a venir... júrame que ni una palabra... ¡júralo, por Dios!... ¡júralo!...

ENR. Vete en paz... fué una locura. (Vase por el foro Margarita.)

ESCENA VII

ENRIQUE y ROJAS

ROJAS. (Entra por la izquierda.) Te andaba buscando.

ENR. Y yo he venido á buscarte á tí.

ROJAS. ¿Pero qué te pasa? Te encuentro muy agitado.

ENR. Nada: un poco de cansancio.

ROJAS. Recibí los papeles que me enviaste certificados. Parece mentira que me preguntaras si me encargaba de tu defensa. Mi inteligencia, y mi trabajo y mi fortuna, son para ayudarte. ¿Pero cuéntame, cuéntame cómo fué ese lance que tantos disgustos y tantos quebraderos te viene dando.

ENR. Pues verás: como sabes, mandaba yo el *San Jáime*, un buque viejo, y que con buen tiempo iba por el mar dando cabezadas como un hombre mareado. Cuando no las bordas, se rompían los pañoles y se inundaban las bodegas: era una ruína mi viejo *San Jáime*, que á duras penas y quejándose en cada tabla, hacía el viaje mensual de vigilancia de costas. Llega el invierno, y recibo la orden de que esté preparado para un crucero de seis meses: contesto que el *San Jáime* no puede navegar lejos de la costa: me responden si tengo miedo, y ante esa contestación pensé un momento en la baladronada de hacerme al mar; pero como se ju-

gaba la vida de otros hombres, me negué á salir.

ROJAS. Hiciste bien.

ENR. Se consultó al Ministro de Marina, y el Ministro me envío la orden terminante de navegar á donde se me enviase, ó me separarían del destino con nota de cobardía.

ROJAS. ¿Obedeciste entonces?

ENR. El veintidós de Octubre zarpé de la bahía, y el veintisiete nos cogió la tempestad. La primera racha de viento que hinchó las velas hizo temblar los mástiles y nos hizo temblar á nosotros ¡Quisimos correr delante de las olas! ¡si vieras qué angustia da correr en el mar á todo trapo, huyendo de la ola antes que la ola rompa!

ROJAS. ¿Y al fin?

ENR. Al fin, á un golpe de mar, el *San Jáime* se inclinó á babor y nos cubrió la espuma: el agua entró por las escotillas, y el timonel, á mi voz, orzó á estribor. El buque, obediente al timón, quiso levantarse y correr aún, pero era muy viejo mi viejo *San Jáime*, y al esfuerzo sólo consiguió que saltaran crugiendo los tablones de las bordas. El agua entró en avalancha, y el *San Jáime*, cansado de la lucha, vencido, se dejó hundir. ¡Fué un segundo, un relámpago, y de ochenta hombres sólo á siete nos arrojó el mar al otro día sobre la playa, abrazados á los maderos que iban flotando, y nos desgarraban el cuerpo como antes el agua desgarraba el buque!

ROJAS. ¡Pobre amigo!

ENR. Una semana de fiebre, un mes convaleciendo, y luégo...

ROJAS. Luégo á reponerse, á revivir.

ENR. No; luégo á responder á la sumaria que me formó el Gobierno. Y cuando dije que obedeciera órdenes del Ministro, me respondieron que mentía y que buscaba escudar mi impericia en un mandato que no se me diera. En vano apelé á los testigos: eran subordinados

del Ministro y un ministro siempre tiene razón.

ROJAS. Pero, ¿y la orden escrita?

ENR. Ocho meses sin buscarla, creyéndola en el mar, y anteayer, guardando de nuevo el traje que llevaba la noche del veintisiete, el traje de diario á bordo, la encontré. ¡Quién hubiera pensado que un documento de tanta importancia iba á estar en el bolsillo de una levita roída por el agua salada!

ROJAS. Es un arma fuerte y poderosísima en tus manos Con ella iremos ante el Consejo de Guerra á defenderte, y con ella á las Cortes á interpelar al Ministro. ¡Qué ratos habrás pasado! Yo suspendo mi viaje á Sevilla: irá un pasante y me consagro á tí, y á rehacer los trabajos, pues con este precioso hallazgo, hay que cambiar de rumbo. Ya hablaremos más despacio.

ENR. Cuando tú digas.

ROJAS. Ahora pon otra cara y hablemos de cosas alegres. Te casaste en Cádiz, enviudaste en Méjico y sé que tienes un guapo muchacho, marino como tú; ¿dónde anda ese buen mozo?

ENR. En el salón.

ROJAS. Por supuesto, que tú y tu hijo venís á vivir en casa.

ENR. Perdona, Fernando...

ROJAS. No, si no te lo pregunto, te lo digo como se dicen las cosas ya sabidas.

ENR Perdona, pero...

ROJAS. No hablemos más de eso. Cuando fuí al hotel á buscarte, mandé llevar tu equipaje. Desde aquí nos iremos juntos. (Llamando.) ¡Margarita! ¡María Luisa! (Á Margarita y á María Luisa, que vienen por la derecha. Á Enrique.) Te presentaré á mi mujer y á mi hija.

ESCENA VIII

DICHOS, MARGARITA, MARIA LUISA y CARLOS

MARG. ¿Me llamas?

ROJAS. Las dos, que os quiero presentar. (Presentando.) Enrique Arqués, mi mejor amigo, mi hermano. (Á Enrique.) Mi mujer, mi hija.

ENR. Señora...

MARG. Caballero...

ENR. Señorita...

ROJAS. ¡Señora! ¡Caballero! ¡Señorita! y tú le haces una reverencia como en una figura de minué. (Burlándose.) ¿No habéis oído que es mi mejor amigo? ¡mi hermano! ¿Pues á qué ese saludo de indiferencia? Vamos... darse la mano... vamos, mujer, (Haciéndolos que se junten.) aprieta, hombre, aprieta, y tú (Á Margarita.) no estés con los brazos caídos... Vamos tú, chiquilla. (Á María Luisa.) Tú, Enrique, dala un beso como si fuera tu hija. Y á propósito, ¿dónde anda el tuyo?

ENR. Míralo; ahí viene. (Entra Carlos por la izquierda.)

ROJAS. ¿Te aburres por el salón?

CARLOS. No señor.

ENR. Éste es el señor Rojas, de quién tanto me oyes hablar. (Presentándole.) Su señora y su hija. Mi hijo Carlos.

ROJAS. ¿Tú no te enfadarás si tuteo? Vamos, mujer: vas á repetir la escena del «señor caballero,» ahora tú, María Luisa... como si fuera tu hermano... me parece que tú ya aprietas más... (Haciendo que se dan las manos Carlos y Margarita, y luégo María Luisa, después de abrazarle Fernando. Se oye la invitación á un rigodón.)

ROJAS. (A María Luisa.) ¿Qué te parece este arrapiezo de marino? Y tú, Carlos, ¿cómo encuentras mi María Luisa

CARLOS. Muy guapa; ya lo creo, muy guapa...

ROJAS. Están tocando un rigodón. Dale el brazo.

CARLOS. ¡Si usted quiere!...

ROJAS. ¿Pues no ha de querer? ¿Cuándo se ha visto rechazar á un buen mozo con un uniforme y estrellas?... (Se van por la izquierda Carlos y María Luisa.) Me parece que hay boda...

MARG. ¡Si es una chiquilla!

ENR. ¡Hombre, Fernando!

ROJAS. (A Enrique riéndose.) ¿Y que si ellos se quieren, te opondrás tú, verdad?...

ESCENA IX

DICHOS, MARQUÉS, GONZÁLEZ, un CRIADO, SEÑORA DE CARRIEDO, GENERAL, CARRIEDO, JACOBITO y BARÓN

Entran por la izquierda Marqués y González.

MARQ. ¿Conque usted no quiere bailar un rigodón?
GONZ. Ese queda para los jóvenes; á mí ya no me entretiene.

ROJAS. ¿No vas al salón?
MARG. Iré.
ROJAS. Acompáñala. Voy á esperar aquí á Carriedo. (Rojas se sienta al extremo del salón en primer término. Margarita y Enrique, del brazo, vanse por la izquierda.)

MARG. ¡Enrique, por Dios!
ENR. ¡Calla!
MARG. ¡Que no sospeche siquiera!...
ENR. ¡Calla! (Vanse.)

MARQ. ¿Avisó usted?
GONZ. Ya está ahí el Criado. (Entra un Criado con mesa de tresillo.)

S. CARR. (Que entra por la derecha.) ¿Qué es eso? ¿Van ustedes á jugar al tresillo?
GONZ. Está el gabinete lleno y aquí nos instalamos con el permiso de usted.
S. CARR. Necesitan ustedes luces, barajas y fichas.
GONZ. Nada, nada.

S. CARR. ¿Qué hace usted ahí solo, Rojas?
ROJAS. Aguardando á Carriedo.

S. CARR. La niña está muy animada, la he visto bailar mucho...

(El General entra por la serre con Carriedo.)

GONZ. General, ¿viene usted?

MARQ. ¡Ahí está Carriedo! (Carriedo va junto á Rojas.)

GEN. ¡Oh, sí, sí!

MARQ. Y cuidado con equivocarse...

GEN. ¡Oh, no, no!...

GONZ. ¿Quiere usted hacer el cuarto, Rojas?

ROJAS. No juego á nada: gracias. (Están sentados alrededor de la mesa. La señora de Carriedo de pié á su lado.)

S. CARR. Usted ganará como siempre, General.

GEN. Si está usted á mi lado...

S. CARR. Estoy detrás... y ahora vuelvo al salón. (Marchándose.)

GEN. Entonces, ya empiezo perdiendo la luz de esas divinas estrellas. (Volviéndose en la silla.)

S. CARR. ¿Aún piensa usted en estrellas teniendo entorchados?

GONZ. (Cogiéndole.) General, al juego.

GEN. Estoy jugando por tabla. (Vase por la izquierda la señora de Carriedo.)

ROJAS. ¿De suerte, que usted habló con él?

CARR Sí, señor mío.

ROJAS. ¿Y quedaron ustedes de acuerdo?

CARR. Completamente.

ROJAS. ¿Por su parte no habrá dificultad?

CARR Ninguna.

ROJAS. ¿Entonces, puede contarse seguro el nombramiento?

CARR. Segurísimo.

JACOB. (Que entra por la izquierda un momento antes.) Ahora que estamos hombres solos, voy á contarles á ustedes... (Puesto detrás del General.)

GONZ. No sea usted indiscreto, Jacobito.

JACOB. Entre hombres...

GEN. ¿Qué va usted á contar?

JACOB. Una aventura sabrosa.

GEN. ¿De mujeres?

JACOB. Una dama y un galán.

GEN. ¿Los nombres?

JACOB. Al final.

GEN. ¿Hay marido?

JACOB. Es la salsa del cuento.

GONZ. General, ¿quiere usted jugar?

GEN. ¿Quién juega?

MARQ. Yo.

JACOB. Esperaba á un amigo que estaba hablando con novia.

GEN. Esto me recuerda una aventura mía. Cuando yo era teniente, estando de guarnición en Zaragoza, fuímo una noche á la calle del Coso.

GONZ. Y se batió usted contra cinco...

GEN. Si lo saben ustedes, no lo cuento.

MARQ. Lo sabemos, General.

JACOB. Y al entrar en este saloncito, sorprendí una amante pareja que se recriminaba.

GONZ. Es á espadas, General.

GEN. Perdone usted, creí que era á bastos.

JACOB. Ella le decía.—«No digas nada, por Dios;»—y él: «Ahora mismo se lo digo...»

GEN. ¿Al marido, por supuesto?

JACOB. Por supuesto.

GEN. ¿Escena de celos?

JACOB Presumo.

GONZ. Que es á espadas, General.

GEN. Perdone usted.

JACOB. Ella decía: «Júralo por Dios »

GEN. ¿Y él?

JACOB. Él no decía nada

GEN ¡Los nombres, ó reviento!

JACOB. Á él no le he visto nunca.

GEN. ¿Y ella?

JACOB. La señora de ese abogado, ese Rojas.

GONZ. (Levantándose.) Se ha equivocado usted, Jacobito.

GEN. Eso es mentira.

JACOB. ¡Qué ha de ser! ¡que no! (Entra por la izquierda Enrique y el Barón. La señora de Rojas del brazo de Carlos.)

ENR. Venga usted, le presentaré.

JACOB. ¡Miren ustedes, es esa! (Cuando Jacobito dice el nombre, Rojas se levanta y después se acerca á Jacobito y cogiéndole del brazo.)

ROJAS. ¿Cómo dice usted que se llama esa señora?

JACOB. La señora de Rojas... me parece...

ENR. (Presentando al Barón.) Señor Rojas... (Rojas con la mano derecha coge el brazo de Jacobito y con la izquierda separa á Enrique que le habla.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala en casa de los señores de Rojas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y MARÍA LUISA

LUISA. Te aseguro que no, mamá.

MARG. No me engañes, María Luisa.

LUISA. Yo sé que él me quiere, y más de una vez he creído que lo iba á decir; pero aún no me dijo nada.

MARG. Lleva dos meses haciendo la misma vida que nosotros, viéndote á todas horas y todos los días: ha tenido tiempo sobrado para conocerte y quererte.

LUISA. Si él me quiere, mamá.

MARG. Es un muchacho formal, serio, de porvenir; habéis simpatizado, y tu padre tiene el empeño de casaros...

LUISA. Es muy bueno, ¿verdad?

MARG. Mucho. Anda, acaba eso, y nos vestiremos... (Se va por la derecha Margarita. María Luisa sigue haciendo labor.)

ESCENA II

MARÍA LUISA y CARLOS

CARLOS. (Entra por la izquierda. Desde la puerta.) ¿Estás sóla, María Luisa?

LUISA. No, no estoy sola... estoy contigo.

CARLOS. Me alegro.

LUISA. ¿Por qué?

CARLOS. Por nada. (Pausa. Acercándose.) Te quería decir una cosa.

LUISA. Pues díla.

CARLOS. María Luisa.

LUISA. Carlos.

CARLOS. María Luisa. (Corriendo á ella.)

LUISA. (Escapando.) Voy, mamá, voy. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

CARLOS y el GENERAL

El General, que entra al decir la última palabra María Luisa, ve correr á los dos.

GEN. ¿Están ustedes jugando al escondite?

CARLOS. No señor: es que había llamado su mamá, aunque yo no la oí...

GEN. ¿Y usted cuando no oye que llaman, echa á correr?... Le envidio á usted, joven, por ser joven nada más. Á la edad de usted .. Siendo yo teniente, estaba de guarnición en Zaragoza, y fuímos una noche á la calle del Coso...

CARLOS. Y se batió usted contra cinco durante una hora.

GEN. ¿Lo sabía usted?

CARLOS. He tenido el honor de oírselo contar á usted.

GEN. ¡Me quita años de encima hablar de amores, y batallas y peleas!

CARLOS. Pues hable usted.

GEN. ¡Qué he de hablar, si en cuanto llego á la mitad de un cuento me cuentan ustedes la otra mitad!...

CARLOS. No haga usted caso...

GEN. Los que no me hacen caso son ustedes.

ESCENA IV

DICHOS, MARGARITA y MARÍA LUISA

MARG. Perdone usted, me estaba arreglando.

GEN. No, señora.

MARG. Sí, me estaba arreglando.

GEN. Digo que no importa la tardanza: espero con gusto.

LUISA. ¿Cómo va desde ayer, General?

GEN. (Bajo.) Tengo que hablar con usted.

LUISA. ¿Eh?

GEN. Tenemos que hablar. (Al ver que lo mira Carlos.) Pues sí, es muy bonito ese imperdible... (Se sienta á la izquierda.)

MARG. Usted que está bien enterado siempre, ¿qué es eso de Cádiz?

GEN. Una algarada con pretexto de los consumos; pero aun no valiendo la pena, demuestra el malestar general.

LUISA. ¿General?

GEN. Sí, general.

LUISA. Le llamaba á usted.

GEN. ¡Ah!...

LUISA. Mamá tiene que pedirle á usted un favor.

MARG. Quería que colocase usted á este amigo nuestro de ayudante de algún general conocido de usted.

GEN. Con mucho gusto; yo hablaré.

CARLOS. Muchas gracias.

MARG. Usted siempre tan complaciente. (Pausa.)

GEN. Pues sí, le colocaremos.

LOS TRES. Muchas gracias, General. (Pausa.)

GEN. Vaya, vaya, lo colocaremos.

LOS TRES. (Vacilan un momento y luégo:) Muchas gracias, General. (Pausa.)

MARG. ¿Y la política?

GEN. Apenas me ocupo de ella; ahora pienso en cosas más graves.

MARG. ¿Y eso?

LUISA. ¿Se puede saber?

GEN. Ustedes, sí; pienso tomar estado.

CARLOS. ¿Y quién es ella?

GEN. Un ángel... es decir, creo yo...

CARLOS. ¿Aún no está usted seguro de que sea un ángel?

GEN. De lo que no estoy seguro es de su amor.

MARG. Pensando ya en la boda...

GEN. Es que aún no se lo he dicho.

CARLOS. ¿Y á cuando aguarda usted?

GEN. Hoy ya me puse al habla.

MARG. ¿Y qué tal?

GEN. No puedo decir nada.

LUISA. ¿Por qué, General?

GEN. Perdone usted mi silencio, María Luisa: un General no debe ser indiscreto.

CARLOS. Ni un particular tampoco.

MARG. ¿Sin descubrir nada, podemos felicitarle á usted? (Pausa.)

GEN. Felicítenme ustedes.

MARG. Que sea enhorabuena, General.

CARLOS. Que sea enhorabuena, General.

LUISA. Mi enhorabuena, General.

GEN. Muchas gracias... señoras. (Pausa.) Bueno, bueno, bueno...

LUISA. ¿Y ese injerto de rosas?

GEN. Ahora he quedado en ir á buscarlo: con el permiso de ustedes... (Se levantan todos.) Sí, es la hora; con el permiso de ustedes.

MARG. ¿Para qué se molesta usted?

GEN. (A María Luisa.) Tengo que hablar con usted. (Vase.)

ESCENA V

DICHOS, ROJAS y ENRIQUE, de uniforme.

ROJAS. (Entra por la izquierda.) Me pareció oir la voz del General...

ENR. (Entra por el foro.) Ahora salía.

ROJAS. ¿Viste á ese?

ENR. No estaba en casa.

ROJAS. Has de ir á mi cuarto. (A María Luisa.)

LUISA. Cuando quieras, papá.

ROJAS. Luégo: ven acá tú, Carlos. ¿Cómo van esos amores?

CARLOS. No tengo amores; es decir, no tengo relaciones con nadie.

ROJAS. ¿Nada todavía? Apresuraros, apresuraros, porque tu padre vuelve á la escuadra dentro de dos meses, á lo sumo, y antes os he de casar. Conque ya estáis avisados.

ENR. ¡Pero Fernando!...

ROJAS. (Riéndose.) ¡Si te opones!...

ESCENA VI

DICHOS, CARRIEDO y SEÑORA DE CARRIEDO

S. CARR. (Entra por el foro.) Ni sentarme siquiera.

CARR. Ni sentarnos.

S. CARR. ¿Usted habla en el Congreso, verdad, Rojas?

ROJAS. Sí señora.

S. CARR. Y usted irá. (A Margarita.)

MARG. Ese es mi deseo.

S. CARR. Entonces, si usted quiere, vendremos á buscarles á ustedes y nos iremos juntos. Carriedo, no te sientes, que nos vamos. ¿Usted, qué traje va á llevar, Margarita?

MARG. No lo sé.

S. CARR. ¡Ay, qué apuro! porque no me gusta que vayamos

iguales como vestidas de contrata. (No te sientes, Carriedo.)

CARR. Si no me siento, mujer.

S. CARR. Bueno, me voy: ¿usted irá de negro?

MARG. Sí, de negro.

S. CARR. Entonces yo me pondré uno azul obscuro ó azul marino con capota negra, ¿no le parece á usted?

MARG. Sí, me parece bien.

S. CARR. Por más que allí hará mucho calor. Me parece que voy á ponerme uno de entretiempo.

CARR. Esto va para largo. (Sentándose.)

S. CARR. ¿Y abrigo, piensa usted llevar? yo sí, llevaré uno fuerte para la salida. ¿Pero Carriedo, ya te sentaste? Levántate, hombre, que nos vamos... Traeremos nuestro coche y eso que está malo un caballo. ¡No se puede con los cocheros! yo voy á venderlo todo y tomar un abono, porque teniendo coche propio nunca hay seguridad de poder salir; cuando no enferma un caballo, se rompe una rueda ó está malo el cochero, y luégo los gastos: guantes para el lacayo, barníz para el coche, herraje para... Carriedo, vámonos... herraje para los caballos, en fin, consumen una fortuna. Y no hablemos de trajes, ni de calzado, ni de fustas.

CARR. ¿Hija, nos vamos, ó me siento?

S. CARR. ¡Qué hombre tan pesado! Vámonos. (Cogiéndose del brazo de Carriedo.) Vámonos... Hasta luégo... que estén ustedes vestidas... ¿Usted va de traje negro, eh? Yo aún no sé qué ponerme...

CARR. Pues ponte en marcha.

S. CARR. A las dos en punto...

MARG. Adiós. (Vanse por el foro.)

ESCENA VII

DICHOS, menos CARRIEDO y SEÑORA

ROJAS. ¿No subes á ver á las del segundo?

MARG. Ahora mismo. (Á María Luisa.) Ven conmigo.

CARLOS. (Á María Luisa.) Ya sabes que tengo que decirte...

LUISA. Hoy todo el mundo tiene que decirme algo. (Vase por la izquierda.)

ENR. (Á Carlos.) Sube con ellas y haz la visita en mi nombre.

ROJAS Y á mí discúlpame también.

S. CARR. (Volviendo á entrar.) He pensado que podía llevar este mismo traje.

ROJAS. Sí; perfectamente.

S. CARR. Bueno; adiós. No se olvide usted de los caramelos. Que vengo en seguida, Margarita. ¿Ustedes van á salir?

MARG. Una visita en esta misma casa.

S. CARR. Saldremos juntas.

CARR. Hija, por los clavos de Cristo; sal tú primero, que si no vas á volver á despedirte en la escalera...

S. CARR. ¡Qué hombre tan pesado! (Se van.)

ESCENA VIII

ENRIQUE y ROJAS; luégo un CRIADO

ENR Llevas dos noches sin dormir; debías acostarte, descansa un momento.

ROJAS. Tengo que trabajar.

ENR. Trabajarás luégo: yo te avisaré. Ahora, descansa, que estás nervioso, desasosegado.

ROJAS. Siento llegar á mí la desgracia; sí, la siento, y ya que no la mía, busco hacer la felicidad de esos chiquillos; por eso quiero casarlos en seguida, en seguida, antes... ¿Me comprendes, Enrique? Antes que se hunda sobre mí esa inmensa desventura que me amenaza. ¿No piensas como yo?

ENR. Sí, como tú. (En voz baja.)

ROJAS. Desde la noche que nos vimos en casa de Carriedo, cuando aquel miserable aprovechó mi honra para

hacer á costa de ella un chiste y una aventura sabrosa al paladar de los indiferentes, no descanso, no sosiego, no vivo.

ENR. Pero él te dió allí mismo cuantas satisfacciones has querido...

ROJAS. Sí; tú viste bien que él se echó á mis piés, que delante de todos dijo que había mentido, que le escupí á la cara, ¡que (Exaltándose.) le llamé cobarde é infame, y que él se arrastró más aún para que no le ahogara: tú lo viste bien; pero no puedes ver que aquí dentro llevo sus palabras, y con ellas, todos los días, me repito á mí mismo una sospecha horrible!...

ENR. No tienes razón: tu mujer es buena y cariñosa.

ROJAS. Sí, sí; esa es la felicidad de otros días; pero cuando se sospecha, cuando se duda, las caricias parecen engaños.

ENR. ¡Eres muy injusto!

ROJAS. ¡Si tú supieras lo que yo sufro cuando me quedo mirándola fijo á los ojos para leer en ellos una respuesta de paz y de ventura que nunca encuentro; porque si están serenos y apacibles, creo que fingen, y si están turbios y empañados de lágrimas, creo que piden perdón!

ENR. Con esas cavilosidades, eres tú y no ella quien te hace desgraciado.

ROJAS. ¿Y no te he dicho aún que todos los días, desde que anuncié que me proponía interpelar al Gobierno por la pérdida del *San Jáime* y la muerte de esos hombres, todos los días recibo anónimos?

ENR. Desprécialos.

ROJAS. ¿Y que me amenazan con publicar una historia afrentosa si voy á las Cortes?

ENR. ¿Quieres un consejo?

ROJAS. Sí.

ENR. Renuncia á defenderme.

ROJAS. ¿Cómo? ¿qué dices?

ENR. Que me des mis papeles para romperlos.

ROJAS. ¡Pero si yo no retrocedo en mi deber!... ¿Es que tú querías?...

ENR. Dame los papeles.

ROJAS. «Perdóname, no te había comprendido.» ¿Quieres (Abrazándole.) sacrificar tu nombre y tu carrera para evitar al nombre mío una calumnia, porque eso es una calumnia nada más?... ¿verdad que no es más que una calumnia?...

ENR. Cálmate, cálmate, Fernando.

ROJAS. Calmarme, sí; darte los papeles, jamás. Yo voy al Consejo de Guerra á defenderte, que es mi deber de amigo y de abogado: después á las Cortes á acusar al Ministro, que es mi deber de hombre de partido. (Toca el timbre; á poco entra un Criado.)

ENR. ¿Por qué no abandonas la política?

ROJAS. ¡En el momento de la lucha, jamás!

ENR. ¡Dios quiera que no te pese!

ROJAS. (Al Criado.) Mi toga. (Vase el Criado.)

ENR. Haz tu voluntad. (Vase por la derecha.)

ESCENA IX

ENRIQUE, CARLOS y MARGARITA. Entra por la derecha.

ENR. ¿Han hecho ustedes la visita?

MARG. No estaban.

CARLOS. ¿Papá, quieres oirme un momento?

MARG. Antes, si no es muy urgente, quisiera decirle yo...

CARLOS. Esperaré con gusto.

ENR. Aguárdame en el jardín: bajo en seguida.

MARG. En el jardín está María Luisa.

CARLOS. (Volviendo.) Papá.

ENR. ¿Qué?

CARLOS. Por mí no tengas prisa.

ENR. ¿Y por ella?

CARLOS. Precisamente quería decirte...

ENR. Ya me lo dirás luégo. (Vase Carlos por el foro.)

MARG. ¡Enrique!

ENR. ¡Margarita!

MARG. Usted ve, Enrique, el afán loco de Fernando, esa ansia que tiene por casar á María Luisa y Carlos. Ellos se quieren... ¿usted qué piensa hacer, Enrique?

ENR. Me pregunta usted, Margarita... ¡Qué duro es el usted para hablarte!

MARG. Es preciso.

ENR. Tienes razón. Es preciso que te hable de usted. (Pausa.)

MARG. Cuando nos separamos hace ya mucho tiempo, usted para casarse, yo abandonada para llorar culpas que no sé si eran todas mías, fuí á una aldea donde estaba de juez Fernando, y á los dos años de conocerle y de apreciar su carácter bondadoso y lleno de afecto, perdí á mi madre, me quedé sola en el mundo y acepté la mano que me ofrecía. Desde entonces, mi vida, rodeada por él de comodidades, fué una vida dedicada contínuamente á devolverle el amor y los cuidados que me prodigó,.. Al cabo de tantos años se han secado mis lágrimas y me creí tranquila: el pasado que muriera en mí, renació cuando volviste... cuando volvió usted... Te habia jurado un cariño eterno correspondiendo á la eternidad del cariño que me juraste tú... Fuiste ingrato, te casaste y yo me casé también con Rojas sin amor.

ENR. ¿Sin amor?

MARG. Pero amor ó gratitud y respeto al menos, han echado tan profundas raíces en mi alma, que no dejan lugar para más afecto, ni más cariño, ni más amor que el suyo.

ENR. ¡Margarita!

MARG. La fatalidad ha vuelto á juntarnos; mi hija está enamorada del tuyo, porque Fernando quiso que se amasen. Enrique, ¿negarás tu consentimiento? ¿negarás?... ¿negará usted ese inmenso favor á Margarita, á la mujer abandonada por tí, á la mujer que después de su marido sólo le pide á Dios sombras para

lo pasado, y á tí te pido tu consentimiento para mi hija y para mí tu olvido?...

ENR. En nada faltamos á Fernando; entre nosotros no hay, ni habrá una palabra que pueda ofenderle. De lo que pasó mucho antes de conocerle tú, ni tú... ni usted ni yo somos culpables ante él. De esta situación tampoco lo soy, porque no pude humanamente evitarla. ¿Cómo, con qué pretexto me iba de su casa? ¿Con qué motivo le arrancaba mi defensa? No habia ninguno y me resigné á afrontar el peligro. Mi hijo es un hombre; si quiere á tu hija, yo, que marcharé otra vez á vivir en el mar, le daré mi bendición, mi consentimiento y mi fortuna. A tí, ya que lo pides, te daré mi olvido, si el olvido es vivir eternamente lejos...

MARG. ¡Gracias, Enrique! (Dándole las manos Enrique, hace un profundo saludo, y vase por el foro. Margarita va hacia la derecha.)

ESCENA X

MARGARITA, ROJAS, UN CRIADO y ENRIQUE

ROJAS. (Entra por la izquierda.) Margarita, aguarda un instante. (Margarita queda parada. Rojas al lado de la mesa á la izquierda. Rojas toca un timbre.) «¡Oh! Me amenazan otra vez »con publicar esa historia si voy á las Cortes, (Toca un »timbre.) y yo les respondo anunciando la interpela»ción; (Toca dos ó tres veces.) que venga... que venga »pronto esa infamia!...» (Toca nervioso.) Esta carta, (Al Criado.) á escape al Congreso; al Secretario, en propia mano; á escape, á escape, vivo. (Vase el Criado por el foro.) ¡Margarita!

MARG. ¡Fernando!

ROJAS. ¿Y María Luisa?

MARG. En el jardín.

ROJAS. ¿Y Carlos?

MARG. En el jardín con ella.

ROJAS. ¿Y Enrique?

MARG. Ahora bajó también. (Pausa.)

ROJAS. Llevo dos meses sin decir una palabra, sin dejarte adivinar siquiera lo que pasa en mí. Ya son tantas y tan seguidas, que cedo á creer...

MARG. ¿Tantas?

ROJAS. Tantas las veces que lo oigo ó lo veo escrito...

MARG. No te comprendo.

ROJAS. Escucha. (Receloso.) Necesito que sin voces, sin escándalo, sin gritos, sin incomodarnos, me digas el nombre de la persona á quien debo arrancarle el corazón, y con él, el secreto... ¡el secreto de la deshonra mía!...

MARG. Fernando, ¿qué dices?

ROJAS. ¡Ese nombre, pronto, ese nombre!

MARG. ¿Es preciso que te diga, que te jure?...

ROJAS. ¡No quiero juramentos, no quiero lágrimas, no quiero más que su nombre!

MARG. ¡Me asustas, me das miedo!

ROJAS (Yendo á ella.) ¡Dímelo!

MARG. ¡Fernando!

ROJAS. ¡Dímelo! (Exaltado.)

MARG. ¡Fernando!

ROJAS. (Cogiéndola) ¡Dime ese nombre! ¡Ese nombre!

MARG. ¡Te juro!

ROJAS. ¡Sólo el nombre! ¡sólo! ¡sólo! ¡sólo! (Gritando.)

MARG. ¡Por tu hija!

ROJAS. (Cogiéndola del cuello.) ¡El nombre!

MARG. ¡Enrique!

ROJAS. (Soltándola asombrado.) ¡Enrique! ¡Enrique has dicho! (Se vuelve lentamente y ve á Enrique que entra por el foro.) ¡Ah!... ¡has dicho que venía Enrique!... ¡que venía Enrique!... (Echándose en sus brazos y marchándose los dos por la izquierda.)

ESCENA XI

MARGARITA, CARLOS y MARIA LUISA

CARLOS. ¿Ha pasado algo?

MARG. No, nada.
LUISA. ¿Has llorado?
MARG. No, hija: ¿por qué?
LUISA. ¿Quieres que te acompañe?
MARG. No, quédate aquí. (Vase por la derecha.)

ESCENA XII

DICHOS; luégo el GENERAL

CARLOS. Tengo que hablarte, María Luisa.
LUISA. ¿Pues no venimos hablando?
CARLOS. No, no es de eso.
LUISA. Pues tú dirás.
CARLOS. Te quería decir una cosa.
LUISA. Pues díla.
CARLOS. Te quería decir... no, si te pones colorada no la digo.
LUISA. Si no me pongo colorada. (Tapándose.)
CARLOS. Y si te tapas con el abanico, tampoco...
LUISA. No, si no me tapo.
CARLOS. Te quería decir... eso.
LUISA. ¿Cómo eso?
CARLOS. Pues eso... que te quería... decir, que te quería... decir una cosa.
LUISA. ¡Carlos!
CARLOS. ¿Te enfadas? (Entra el General con un tiesto: al verlos se retira.)
LUISA. No, no me enfado. (El General entra cantando.)
CARLOS. (Separándose.) ¡El General!
LUISA. Viene usted de muy buen humor.
GEN. No; es una costumbre de América, porque como allí la gente es muy fogosa, hay que entrar siempre avisando... Aquí dejo el injerto.
LUISA. Nos ha visto...
GEN. Porque supongo que ustedes no tendrán ganas de explicaciones... (Dejándolos en una mesa.)
CARLOS. ¿Te importa mucho? (El General canta otra vez.)

CARLOS. ¡Sigue usted en América, General!...

GEN. (Pues señor, se presenta bien la tarde... para que me marche de aquí. ¡Y yo que venía á declararme!...)

ESCENA XIII

DICHOS, SEÑORA DE CARRIEDO, CARRIEDO, ROJAS y MARGARITA

S. CARR. (Entran por el foro.) ¿Supongo que habrá una papeleta para mí?

CARLOS. ¿Para el Congreso?

S. CARR. Naturalmente.

CARLOS. ¿Pero ustedes no van juntas?

S. CARR. Es para una amiga.

GEN. La tendrá usted.

S. CARR. Sí señor, en brazos toda la tarde.

GEN. La papeleta.

S. CARR. Muchas gracias. (Á María Luisa.) ¿Pero usted no está vestida todavía?

LUISA. Ponerme el sombrero... voy corriendo.

GEN. (Bajo.) ¡Ingrata! (Á Carriedo que entró con su señora.) Señor Carriedo, ilustre diplomático.

CARR. Señor mío... (Forman grupo Carlos, su señora y Rojas: otro el General y Carriedo.)

S. CARR. Hágame usted compañía, Carlos, porque me pongo muy nerviosa oyendo la muletilla de Carriedo, señor mío: ¡es un hombre que nunca dice nada!

CARLOS. ¿Carriedo no es su esposo de usted?

S. CARR. Le extraña á usted la diferencia de edades, ¿verdad?

CARLOS. Como le llama usted Carriedo...

S. CARR. Es una costumbre francesa...

ROJAS. (Entrando por la izquierda.) Aquí tiene usted sus papeletas.

S. CARR. ¿Me mandará usted dulces y muchos caramelos? Por-

que ya sabe usted que allí en la tribuna hay que repartir, y eso es de buen tono.

ROJAS. Le mandaré á usted muchos dulces y muchísimos caramelos.

S. CARR. ¿Habla usted de fijo hoy?

ROJAS. Seguramente. El Gobierno contestará en el acto la interpelación.

S. CARR. ¿Y á qué hora?

ROJAS. Á las cuatro ó las cinco; cuando termine de leer mi defensa ante el Consejo de Guerra.

S. CARR ¡Lo que hablan hoy los periódicos de la dichosa interpelación! Y los ministeriales aún dudan; dicen que no se atreverá usted; que ha de meditarlo antes de interpelar.

ROJAS. Ya he mandado al Congreso el aviso de cortesía que es costumbre, para que el Ministro pueda llevar los datos y las notas que crea necesarias.

S. CARR. ¿Y será usted muy fuerte contra el Ministro, eh? Cuando acabe usted un párrafo bueno, mire usted á las tribunas, que le aplaudiremos mucho.

ROJAS Muchas gracias, señora.

S. CARR. (Á Margarita que entra por la derecha.) ¿Pero tampoco está usted vestida? Hija, por Dios, que es muy tarde...

MARG. No me siento bien...

S. CARR. Á vestirse, á vestirse.

ROJAS. Vístete... (Vuelve Margarita á marcharse por la derecha. Á Carriedo.) ¿Y usted, cómo no está ya en la embajada, Carriedo?

CARR. Los rumores de crisis, señor mío.

GEN No creo en la crisis: á mí me consultaron y en una conferencia que tuve ayer, opiné que el Gobierno debe sostenerse conforme está, sin modificación alguna.

CARR. Es que tiene que luchar contra muchos.

GEN. Mejor; mire usted, siendo yo teniente y estando de guarnición en Zaragoza, fuímos una noche á la calle del Coso...

S. CARR. Ya está el General con el cuento de siempre.

CARLOS. Es una manía inofensiva la de contar cien veces una misma cosa.

CARR. ¿Contra los cinco una hora?

GEN. ¿Le extraña á usted?

CARR. No señor; pero me extrañó la primera vez que se lo oí á usted contar...

S. CARR. ¿Qué le parece á usted este traje, Carlos?

CARLOS. Elegantísimo.

S. CARR. ¿No será poco serio?

CARLOS. No, no...

GEN. ¿Y usted, cuándo va á tomar posesión y á entregar las credenciales?

CARR. La crisis me detiene y además, en confianza, me cogió tan de sorpresa este nombramiento para la embajada, que he tenido que tomar un profesor de francés y á dos lecciones diarias...

GEN. Lo comprendo perfectamente.

CARR. Comprenderlo, yo también; pero la pronunciación...

GEN. No, si lo que yo comprendo es lo que usted dice.

CARR. Pues sí, señor mío.

S. CARR. Yo bajo al coche... ¿Me acompaña usted, Carlos?

CARLOS. (Rehusando.) Señora...

S. CARR. Vamos, hombre, acompáñeme usted. Carriedo, da el brazo á María Luisa. Rojas, no se olvide usted de los caramelos... Vamos, Carlos. Es usted tan pesado como Carriedo... Sino me hubiera movido yo, á cualquier hora le dan la embajada... es un posma... Vamos, Carlos, vamos. (Vanse por el foro la señora de Carriede y Carlos.)

GEN. (Dando el brazo á María Luisa.) Me adelanté, señor Carriedo.

LUISA. Podemos ir los tres.

GEN. Ya lo creo; con mucho gusto. (Cuando Carriedo hace la reverencia ofreciendo su brazo, el General da media vuelta y lo coge él.)

LUISA. Pero General...

CARR. ¡Señor mío!...

GEN. Es lo mismo, es lo mismo. Le llevaré á usted en mi coche, para que en el de usted, que es mayor, puedan ir las señoras al Congreso. (Vanse los tres por el foro; entra un Criado después de dejarlos pasar.)

ESCENA XIV

DICHOS, ENRIQUE y MARGARITA

ROJAS. ¿Entregaste la carta en propia mano?

CRIADO. Sí señor.

ROJAS. ¿Y ésta? (La carta que le dió el Criado.)

CRIADO. La han dejado en la portería para usted.

ROJAS. ¿Ha venido el coche?

CRIADO. Sí señor.

ROJAS. Pon con la toga un libro y unos papeles que están en mi mesa, sujetos con una goma, y dí al señorito Enrique que es hora. (Vase el Criado. Rojas se adelanta y lee para sí la carta.) ¡Otro anónimo! ¡y al fin el nombre del amante!

ENR. (Entra por la izquierda.) Vamos, vamos.

MARG. (Entra por la derecha.) Fernando, que han dado las dos... (Al ver que no se mueve.) ¿qué tienes?... ¡Fernando! (Rojas, como si despertara, la mira fijamente y después le da la carta: Margarita la lee y se tapa la cara con las manos. Rojas le quita la carta y se la da á Enrique después que éste lee.)

ROJAS. ¡Eras tú!...

GEN. Pero hombre, que se está usted descuidando mucho.

ROJAS. (Abrazando á Enrique é impidiéndole que hable y se disculpe.) ¡Al Consejo!... ¡á defenderte al Consejo!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa el despacho del señor Rojas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, SEÑORA DE CARRIEDO y MARÍA LUISA

S. CARR. (Que entra por el foro con María Luisa.) ¿Pero es posible, querida, que no fuera usted al Congreso?

MARG. Me dió un mareo, un vahído.

S. CARR. Nosotras esperándola á usted con su sitio reservado. Ha hecho usted que estuviera María Luisa toda la tarde impaciente, nerviosa...

LUISA. ¡Si vieras qué bien estuvo papá!

S. CARR. ¡Qué discurso tan admirable! Eso que yo estoy muy enfadada con él, porque no me mandó los caramelos; yo tosiendo, haciendo señas con el abanico, y él nada, como una piedra.

MARG. Dispénsele usted; estaba tan preocupado...

S. CARR. Y dicen que cae el ministerio. Ese bobo de Carriedo

se va á quedar sin tomar posesión siquiera de su embajada...

LUISA. Yo estaba con dolor de cabeza: ¡tanta gente, tanto calor, tanto grito!...

S. CARR. Y el Ministro, ¡qué torpe, sin saber hablar, sin saber disculparse, diciendo que fué un acuerdo de todo el Consejo. Había usted de ver lo que allí se armó cuando lo dijo, porque antes se arreglaba el asunto sacrificando al de Marina; pero con esa declaración tienen que caer todos.

LUISA. ¡Qué cosas se decían, qué insultos!...

S. CARR. Lo de todas las grandes sesiones.

LUISA. Parecía que iban á pegarse.

S. CARR. Ya le dije yo que no tuviera cuidado. No, hija, no se pegan nunca, ¡son muy fríos!... (Pausa.) Estaba aquello brillantísimo... en la tribuna de al lado ví á la de Jiménez, inconsolable desde la muerte de su marido. Anoche la encontré en el Real, con una cara más triste... ¡Está inconsolable! El domingo estuvo en los toros... ¡la pobrecita procura distraerse porque ha sido una pérdida tan grande!... (Pausa.)

MARG. (Levantándose de un salto.) ¡Ahí está!

S. CARR. ¿Quién?

MARG. (Sentándose.) Fernando.

S. CARR. ¿Y se emociona usted así cada vez que le siente llegar? Pues hija, yo siento entrar en mi cuarto á Carriedo y nunca se me ocurre volver la cabeza para mirarle... Verdad es que como no ha de decir más que ¡*señor mío*!...

ESCENA II

DICHOS, ROJAS, CARLOS, CARRIEDO, GENERAL, BARON y GONZÁLEZ. Entran por el foro.

GEN. Aquí lo traemos en triunfo: hasta la puerta han venido doscientas personas!..

CARR. ¡Ha sido un discurso asombroso!

GONZ. El mejor y el más valiente que ha pronunciado usted. (Se lleva aparte al General.)

S. CARR. ¡Al fin no me mandó usted los caramelos!

GONZ. El Gobierno descompuesto y sin acción, ¿cree usted que es el momento?...

GEN. Hombre, en día de crisis... (Marchándose.)

GONZ. General... General.

GEN. Ha sido tan completo el éxito que no he creído necesario decir nada.

ROJAS. Estoy horriblemente cansado...

CARR. Es que dos horas y media, y luégo la rectificación, y en aquel tono, señor mío...

S. CARR. Á mí me gustó usted mucho. Muy violento, desafiando á todo el mundo con el gesto, y con la mirada y con la palabra...

ROJAS. Gracias, gracias...

BARON. (Entrando por el foro.) Es un hecho la crisis.

GEN. ¡Hombre!

CARR. ¿De veras?

BARON. Es seguro.

CARLOS. (A Margarita.) ¿Y papá?

MARG. En su cuarto.

CARLOS. Voy á verle. (Se detiene un momento en la puerta de la izquierda y vase.)

BARON. Ustedes saben que los ministros quedaron reunidos después de la sesión; ahora ha salido el de Fomento, y nos ha dicho: Hay dimisión... ¿El de Marina? preguntamos. No, total, nos contestó. El Ministro se marcha, y yo corro á traer la noticia.

CARR. ¡Es que fué un discurso admirable!...

S. CARR. ¿Usted tendrá una cartera en el nuevo ministerio?

GEN. (Bajo á María Luisa.) ¡Ah, ingrata, ingrata!...

LUISA. Oye, mamá...

GONZ. La cartera de usted no tiene discusión.

CARR. ¿Qué duda tiene eso, señor mio?

BARON. Vuelvo al Congreso.

S. CARR. ¿Nos iremos, Carriedo?

CARR. Cuando quieras.

GONZ. (Que se ha ido al lado del General.) Debía usted decidirse... (El General, como si no oyese.)

GEN. Tengo que ir á ver al Presidente (A Rojas.)

GONZ. General, General, ¿se decide usted?...

GEN. Estaba distraído. ¿Qué me decía usled? (A Rojas.) Sí, el Presidente querrá consultarme, y yendo ahora le evito la pérdida del tiempo que tardaría en avisarme.

BARON. En cuanto haya una noticia... Señores... (Vase)

S. CARR. Hasta luégo, y mi enhorabuena.

ROJAS. Gracias, gracias...

S. CARR. Hombre, Rojas, hable usted con Margarita, porque no dice palabra. ¡La alegría! Si se le conoce la alegría en la cara...

ROJAS. Ahora hablaremos.

S. CARR. ¿Solitos, verdad?... ¡para hacerse mimos! ¡Ay, hija, qué envidia le tengo á usted!... El mio es un plomo. Vamos, Carriedo, vámonos. (Vanse por el foro.)

GEN. (Dándole un golpecito á Rojas.) Adiós, ¡hombre feliz!... (Vase por el foro y detrás Gonzáloz.)

GONZ. General, General... (Vanse)

ESCENA III

ROJAS, MARGARITA y MARIA LUISA

LUISA. ¡Si vieras qué contenta estoy, papá!... Tantos elogios como hacen de tí...

ROJAS ¿Quieres dejarnos un momento solos?

LUISA. Es la primera vez que te estorbo... (Se va por la derecha. Margarita se sienta en la butaca del extremo derecho. Rojas se levanta, cierra la puerta y se sienta en el extremo izquierdo.)

ROJAS. Tú ves cómo estoy; sereno, frío, tranquilo. Tú también tranquila y fría, contéstame á lo que te hable. Tu amante Enrique...

MARG. ¡No, te juro que no!

ROJAS. ¿No lo ha sido? (Pausa.) Por tí dejé mi juzgado silenlencioso y obscuro; por tí me lancé á la política para que tú brillaras... ¡Quisiste que fuera. y yo quise ser y soy! Me dijiste: ¡lucha! y luché; me dijiste: ¡sube! y subí... (Pausa corta.) Y ahora quieres hundirme, y hundirme más ¡y hundirme más todavía!...

MARG. (Levantándose.) ¿Soy culpable contigo? .. Contesta...

ROJAS. Sientate, siéntate otra vez. (Pausa.) El culpable soy yo, ¡lo sé! Culpable de velar tu sueño, de adivinar tus deseos, de realizar tus caprichos, de quererte y respetarte... ¡de eso soy culpable! ¿Es eso lo que me echas en cara, verdad?... El que yo te colmara de atenciones y de cuidados, es motivo bastante para que tú fueras ingrata; pero aún no es motivo para afrentarme así...

MARG. (Yendo á él.) ¡No digas eso!... ¡No lo digas!...

ROJAS. En lugar de la confesión honrada y pronta, has querido que sea la burla de todos; ¡pues goza! que mañana todos se reirán, leyendo entre líneas mi nombre, cuando los periódicos cuenten lo que ya dice uno esta noche. ¿Querías hacerme sufrir? ¡Pues goza! que ya sufro horriblemente... ¿Querías amargar mi triunfo? ¡Pues goza! que ya el triunfo me sabe á hiel...

MARG. ¿Pero no te he dicho todo, todo?

ROJAS. Tu confesión tardía evita el drama: no evita el dolor ni la vergüenza. Ya no se trata de una intriga contada al oído, sino de una aventura que corre de boca en boca, que todo el mundo la sabe y todo el mundo la repite. ¡Qué importa que no digan mi nombre en el periódico, si mi nombre va corriendo donde quiera que se cuente la aventura? Esta noche, en el salón de Conferencias me lo dijeron á mí mismo, á mí mismo, ¿lo entiendes?

MARG. ¿Que te lo dijeron? ..

ROJAS. Estaban en un grupo leyendo *ese* periódico y comentando *esa* noticia, y al acercarme *yo* callaron todos...

¿querías que me dijeran más? Bien sé que no todas las mujeres se casan enamoradas. «Bien sé que algunas »se casan enamoradas de otro que las desdeña por no »amarlas lo bastante, tal vez por no amarlas nada, ó »por amar su libertad, ó por amar sus libros!... ¡Dios »sabe por cuántos amores puede un hombre desdeñar »el amor de una mujer!...» Pero todas tienen el sagrado deber, enamoradas ó no de su marido, de parecerlo al menos. ¿Y tú? ¿Qué hiciste tú? Te dejaste llevar de la ilusión ó del arrebato de un momento; diste aquella escena en casa de Carriedo y la sociedad se ha encargado de agrandarla, de irla agrandando hasta hacer tu desgracia y la mía. Es una fatalidad que siendo noble y honrada, parezcas al mundo... lo que el mundo dice de tí... Todos creen que Enrique y tú sois amantes, que yo lo sé y que yo... lo consiento...

MARG. (Arrodillándose.) ¡Fernando!... ¡Fernando! (Llaman á la puerta del despacho.)

ROJAS. Vuelve á sentarte, que nadie tiene derecho á verte de rodillas... (Fernando abre la puerta del foro.)

ESCENA IV

DICHOS y ENRIQUE

ENR. ¿Me guardas rencor? ¿No te bastaron mis explicaciones?

ROJAS. (Muy frío,) Sí, sí....

ENR. El periódico que cuenta esta noche que en casa de un diplomático hubo un encuentro de amor, dice la verdad: en casa del señor Carriedo nos encontramos Margarita y yo... (Pausa.) ¿Me escuchas?

ROJAS ¡No sólo te escucho, paladeo lo que vas diciendo!

ENR. Al pronto, la primera impresión, no te lo niego, fué de cariño y de celos, porque se borraron veinte años. Después, al saber que era tu mujer, volvimos á cruzar

esos veinte años día por día, y comprendiendo que entre ella y yo todo había muerto, guardamos un profundo respeto á lo presente, ya que no podíamos arrancar de nosotros lo pasado.

ROJAS. Sigue, sigue...

ENR. Te he dicho también y tú lo sabes, porque te dí pruebas enseñándote el retrato y cartas suyas de aquel tiempo y rompiéndolas luégo, que tuvimos amores... (Pausa.)

ROJAS. Repítelo... que tuvísteis amores,

ENR. Margarita y yo antes de casarse contigo, mucho antes de conocerla siquiera; después de casarte, pasé veintitres años fuera de Madrid, navegando siempre. Para ella tú no has tenido nunca más que palabras de alabanza y de respeto; ¿qué culpa hay en ella, ni en tí, ni en mí? Ninguna. ¡Es una fatalidad!

ROJAS. (Como distraído.) ¡Una inmensa fatalidad!

ENR. Esta noche á las once, mi hijo y yo marchamos á Cádiz á esperar allí la orden de embarque; me marcho para siempre... ¿me das la mano?

ROJAS. (Dándosela friamente.) Una inmensa fatalidad...

ENR. La suerte fué ingrata contigo: no te ofendemos ni con el pensamiento; me marcho para siempre, lleno de pena, porque no pude evitar lo inevitable... al darme la mano, ¿no la estrechas como al dársela á un amigo?

ROJAS. Margarita, tu silencio...

MARG. ¿Cómo iba á decirte?...

ROJAS. Tu silencio dió lugar á que mis enemigos, los amigos del Ministro, publicasen una historia... no hablemos de ella... Esta noche se marchan... mañana tú á la aldea ó al sitio que elijas.

MARG. ¡Fernando!

ROJAS. Es preciso: yo le debo esa satisfacción al mundo. En el fondo de mi alma creo tu vida; la sociedad no la ha de creer nunca; es preciso.

ENR. Eso es confesar lo que no existe.

ROJAS. (Con energía.) Si lo que no existe lo estoy pensando yo, ¡cómo no lo han de pensar los demás!... (Pausa.) Basta la noche en casa de Carriedo para que el nombre mío necesite una reparación: no discutas, no supliques. Estoy decidido; María Luisa quedará conmigo.

MARG. Déjamela, por Dios.

ROJAS. Ya no es una niña: no puedo sacrificarla haciéndola llevar la vida de la aldea, retirada, que debes imponerte.

ENR. Me marcho para siempre, ¿no aprietas mi mano?

ESCENA V

DICHOS y CARLOS

CARLOS. (Entra por el foro.) Me alegro que estén ustedes juntos; quiero aprovechar estos momentos de alegría. Vengo á dar á usted la enhorabuena por su díscurso, á usted á dársela por la de su marido, y á tí por salir libre, y vengo también á recibirla yo... (Pausa.) ¡María Luisa me quiere!

ENR. Carlos...

MARG. ¡Hija mía!

ROJAS. (Muy despacio.) ¿María Luisa te quiere?

CARLOS. Usted siempre nos anda diciendo que estamos muy atrasados de amores: usted, señora, me abrazó esta mañana llamándome hijo, y tú esta tarde misma me diste tu consentimiento, ¿y ahora los tres se asombran ustedes de que haya dicho que me quiere?

ROJAS María Luisa es muy joven aún para pensar en casarse.

CARLOS. Más joven era ayer y ya quería usted casarla.

ENR. No puede ser, Carlos.

ROJAS. Ha sido una ligereza mía...

ENR. (Riñendo.) ¡Carlos!

ROJAS. ¿Por qué lo he de ocultar?... hablaba con toda mi alma, pero hoy es imposible esa boda.

ENR. Esta noche marchamos á Cádiz á esperar la escuadra.

CARLOS. ¿Que nos vamos esta noche?

ENR. Sí, Carlos.

CARLOS. ¿Pero volveremos pronto?

ENR. Quién sabe cuándo volveremos. Un año, dos, veinte... ¡el marino no sabe nunca si volverá! (Pausa.) Vete y arregla tu equipaje, el mío ya está.

CARLOS. ¿Ni una palabra de explicación?

ENR. Ni una.

CARLOS. ¿Ni una palabra de despedida?

ENR. Al marchar nos dirán adiós. (Triste.)

CARLOS. ¿El hijo de hace un minuto, es ya un extraño, un enemigo? (Pausa.) ¿usted, señor Rojas, no me puede contestar? (Pausa.) ¿usted, señora, no me da una razón? ¿no encuentran entre todos una disculpa?

ENR. (Á Margarita.) Creo que también debías ir arreglando tus cosas. (Vanse Carlos y Margarita por la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS y CARRIEDO

CARR. (Entra por el foro.) La crisis es total. Se admitió la dimisión al Presidente y han llamado á los nuestros, señor Rojas.

ROJAS. ¿Usted es de los nuestros?

CARR. ¿Qué duda tiene eso, señor mío?

ROJAS. ¿Cómo aceptó usted la embajada del otro Gobierno?...

CARR. Yo no podía negarme á servir á la patria que me necesitaba de embajador; pero mis ideas, las ideas de toda mi vida, son las mismas ideas de toda la vida...

ESCENA VII

DICHOS y GONZÁLEZ

GONZ. (Entra por el foro.) Crisis total.

CARR. Lo sabemos.

GONZ. Encargados los nuestros de formar Ministerio.

ROJAS. ¿También usted es de los nuestros?

GONZ. Incondicionalmente.

ROJAS. ¿Y el General?

GONZ. El General no sirve para nada.

CARR. (A Rojas.) Esas son mis noticias.

GONZ. Usted, indicado para Gracia y Justicia, ó para Fomento, si acepta Gracia y Justicia el Conde.

CARR. Decía usted, querido Rojas, de la embajada, ni á tomar posesión quise ir, porque tenía la seguridad de que este Gobierno se derrumbaba. Iré ahora, es decir, supongo que iré, porque siendo de las mismas ideas y apoyándome usted... (El General entra por el foro cantando.)

GONZ. ¿Qué es eso General?

GEN. Nada, nada que avisaba.

CARR. ¿Trae usted noticias nuevas?

GEN. Oiga usted, Rojas; con el permiso de estos señores. (Llevándole aparte.) ¿Usted está dispuesto á entrar en Fomento?

ROJAS. Hombre, según las condiciones.

GEN. De suerte, que en principio, usted no tiene inconveniente.

ROJAS. Ninguno.

GEN. Bueno; señores... (Vase por el foro.)

CARR. ¡Lo que trabaja este General!...

GONZ. Y siempre se queda fuera.

CARR. Ahora es posible...

GONZ. Lo mismo que siempre; juegan con él.

CARR. ¿Y no se puede saber lo que le ha dicho á usted el General?...

GONZ. Cómo sé conoce que es usted diplomático...

CARR. ¡Señor mío!...

GONZ. ¿Vamos á ver, cómo sigue la crisis, señor embajador?

CARR. Vamos, señor...

GONZ. Subsecretario... si Rojas quiere ayudarme.

CARR. Hasta luégo y enhorabuena, señor Ministro... quiero ser el primero. (Vanse por el foro.)

ESCENA VIII

ROJAS y SEÑORA DE CARRIEDO

ROJAS. La razón, las pruebas, todo me dice que es verdad, que entre ellos no hay sino lo pasado, y sin embargo... «Nada puedo echarles en cara: es una fatalidad que á »ellos como á mí nos coge y nos despedaza... ¡á mí »más, mucho más que á ellos!... Y si es verdad, ¿por »qué comprendiendo que no son culpables, siento en »el corazón una voz que me dice: ¡mata! mata!...?»

S. CARR. (Entra por el foro.) ¿Da usted permiso, señor Ministro, ó está usted muy ocupado?

ROJAS. Para usted nunca, señora.

S. CARR ¿Y Margarita?

ROJAS. En su cuarto.

S. CARR. ¡Qué envidia le tengo! ¡Qué felíz es, mejor dicho, qué felices son ustedes los dos!... á mí me encanta esta unión de las familias, los lazos del hogar y todas esas cosas tan bonitas. Pero con Carriedo... Con Carriedo no hay modo de tener familia, ni hogar, ni nada... después de los trabajos que me costó el que le nombrasen embajador, no se ha atrevido á ir á la embajada porque no sabe una palabra de francés... una lengua que la usa todo el mundo... Es que Francia es un país tan adelantado... ¡ya ve usted, todos los *menús* en francés!... Y ahora le quitarán el puesto... Sólo tengo confianza en usted, Rojas... ¡Qué joven ha llegado usted á Consejero! porque eso ya es seguro... ¿qué tendrá usted? ¿treinta y nueve años? ¿cuarenta?

ROJAS. Cuarenta y siete.

S. CARR. No sea usted embustero. Ni los cuarenta representa usted; conque, vamos, ¿me da usted palabra de respetar á Carriedo?

ROJAS. Le respeto siempre.

S. CARR. Ya me entiende usted. ¿No le quitarán la embajada?

ROJAS. Si de mí depende...

S. CARR. Es usted un huraño, no quiere usted ir por casa nunca...

ROJAS. Mis negocios...

S. CARR. ¿Por qué no va usted el lunes á tomar el té conmigo?

ROJAS. No sé si podré ese día.

S. CARR. «Carriedo no come en casa, yo estaré muy aburrida »sola, ¿por qué no va usted á hacerme compañía?» (Despidiéndose.)

ROJAS. Procuraré ir.

S. CARR. ¿Palabra? Le daré á usted el té con mucha azúcar...

ROJAS. (Acompañándola.) Es tan tentadora la oferta...

ESCENA IX

DICHOS y CARLOS

CARLOS. (Entra por la izquierda.) ¿Sale usted?

ROJAS. Acompañando á esta señora.

CARLOS. Quisiera que me oyese usted un minuto.

ROJAS. Vendré ahora mismo.

S. CARR. Adiós, señor oficial... (Vanse.)

ESCENA X

CARLOS, MARÍA LUISA y GENERAL

LUISA. (Entra por la derecha) Te ví hablar con Papá y no quise interrumpiros. Aquí tienes el retrato, ¿es el que tú querías? ¿te gusta?

CARLOS. Mucho. ¿Sabes que me marcho esta noche?

LUISA. ¿Á dónde?

CARLOS. Á Cádiz á esperar la escuadra.

LUISA. ¿Volverás en seguida?

CARLOS. ¿Quién sabe? Un año, dos, veinte... el marino nunca sabe si volverá... (Pausa) ¿qué me dices?

LUISA. ¿Qué te he de decir?... ¡que te vayas! (Con tristeza y bajo.)

CARLOS. ¿No me preguntas?...

LUISA. ¿Para qué?

CARLOS. Tienes razón; pero cuando se trata de sentimiento no se razona, se siente, y lo natural, el primer impulso, es querer saber.

LUISA. ¿Te vas?

CARLOS. Sí.

LUISA. ¿No debo esperarte?

CARLOS. No

LUISA. ¿Nunca?

CARLOS. ¡Nunca! (Pausa.) Comprenderás que una voluntad más fuerte que la mía, ó una desgracia más fuerte que todas las voluntades juntas, nos separa. ¿Me perdonas?

LUISA. Sí.

CARLOS. ¿No me guardarás rencor?

LUISA. No.

CARLOS. ¿Nunca?

LUISA. Nunca.

CARLOS. ¡Adiós, María Luisa!

LUISA. ¡Adiós, Carlos!

CARLOS. (Cogiéndole la mano.) ¡Yo había soñado no separarnos jamás!

LUISA. ¿Por qué te marchas?

CARLOS. ¡Si no lo sé yo mismo!

GEN. Siempre llego á tiempo! (Entra por el foro.)

CARLOS. Me despedía...

GEN. ¿Que se despedía usted?

CARLOS. Marchamos esta noche á Cádiz.

GEN. Pero esta mañana...

CARLOS. Es un viaje impensado.

GEN. Estos muchachos nunca saben por la mañana lo que han de hacer por la noche, «¡así es que de noche hacen cada cosa!...» ¡Oh, la juventud!... ¡la juventud!... me acuerdo siendo yo teniente y estando de guarnición en Zaragoza, fuímos una noche á la calle del Coso...

LUISA. Y se batió usted solo contra cinco...

GEN. ¡Ni usted, que es un ángel, me lo deja contar!...

LUISA. Yo tengo mucho gusto en oirle á usted...

GEN. Usted sabe mi posición; soy libre, no soy muy viejo... ¿quiere usted aceptar?...

LUISA. Con el permiso de usted, General. (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS y ROJAS, que entra por el foro. CARLOS viene desde la puerta con él.

GEN. (Llevando aparte al señor Rojas.) Traigo encargo de ofrecerle á usted la cartera de Fomento. ¿Acepta usted?

ROJAS. ¿Condiciones?

GEN. Ninguna.

ROJAS. Diga usted que acepto.

GEN. ¡Qué noche de mareo!

ROJAS. ¿Usted irá á Guerra?

GEN. Yo no voy á ningún lado.

ROJAS. ¿No entra usted en la combinación?

GEN. No señor, me quedo sin nada otra vez. Quisiera un entorchado... en eso no hay dimisiones, ni cesantías, ni se queda uno fuera nunca.

ROJAS. Bien merecido lo tiene usted.

GEN. ¿Quedarme fuera?

ROJAS. El entorchado.

GEN. ¿Puedo decir que acepta usted?

ROJAS. Sí.

GEN. Mi enhorabuena. Aún tengo que ver si acepta Jiménez para Ultramar... Adiós, joven... (Vase por el foro.)

ESCENA XII

ROJAS, CARLOS y ENRIQUE

CARLOS. (De pié en el extremo de la izquierda.) Comprenderá usted

perfectamente lo que espero. (Pausa.) Necesito una explicación franca...

ROJAS. (De espaldas á la mesa y apoyado en ella.) Es imposible, Carlos; no puedo decirte nada.

CARLOS. ¿Ni una palabra?

ROJAS. Ni una palabra.

CARLOS. ¿Y usted cree que me conformo diciéndome que es imposible dar la explicación que pido? ¿Usted cree que mi alma no tiene más energía, ni tengo más voluntad que la voluntad del que quiere hacerme su juguete?

ROJAS. Imposible, Carlos.

CARLOS. Es que no puedo contentarme con palabras: necesito ver por mis propios ojos...

ROJAS ¡Ciego!... ¡Más que ciego! ¿No comprendes que no te dejan ver, porque hay algo que deslumbra, que ofusca?...

CARLOS ¡Que me deslumbra!...

ROJAS. ¿No comprendes que hay entre nosotros una desgracia tan horrible que arrastra la honra nuestra y nuestra alegría, y todo cuanto encuentra á su paso?

CARLOS. Y al hablarme usted de honra, y de cariño y de respeto, ¿no se le ha podido ocurrir á usted que yo tuviese respeto, y cariño y afán de honra, para la mujer que va á ser la mía?

ROJAS. No supliques, Carlos: es imposible. No puedes imaginarte una infamia tan grande: porque valgo más que ellos, porque subo, quieren hundirme pregonando una historia que es una fatalidad, no es una afrenta. ¡Viles! Envidiosos que no saben luchar cara á cara y me acechan en la sombra. ¡Han querido que no defendiese á tu padre, que no derribase al Ministro, que no me elevara yo!... ¡Oh! ¡Si tomase forma y cuerpo quien lo dice y le pudiese ahogar!... (Pausa.)

CARLOS. Yo no puedo marcharme así: quiero á María Luisa, ella me quiere, ustedes nos llevaron al amor: ya es tarde para retroceder. Si en nada desmerecí, tengo

derecho para alzar la frente y pedir una explicación.

ROJAS. ¡Es imposible, Carlos, es imposible!...

CARLOS. ¡Estoy suplicando!...

ROJAS. Claro que suplicas cuando yo te contesto.

CARLOS. ¡Es que puedo pedirla de hombre á hombre!...

ROJAS. ¡Loco!

CARLOS. (Yendo á él.) ¡De hombre á hombre!...

ENR. (Entra por la izquierda.) Adiós, Fernando... ¿Qué es eso?

ROJAS. Me pide de hombre á hombre una explicación, como si hubiera en el mundo algún hombre capáz de arrancarme una confesión que me abrasa el alma, y me abrasaría los labios á la primera palabra que dijese!...

CARLOS. ¡Es que yo quiero á María Luisa! ¡Es que tengo derecho á quererla.

ROJAS. ¡No soy egoista ni quiero hacer la desgracia de mi hija! ¡Después que pase un año y sepas lo que ha ocurrido, si vuelves como te vas, noble y leal, vuelve solo, y con el corazón te daré mi hija!...

CARLOS. ¿Solo?

ENR. Solo... (Triste.)

ROJAS. ¡Solo!... (Pausa.)

ENR. Adiós, Fernando.

CARLOS. Hasta dentro de un año, señor Rojas. (Vanse.)

ESCENA XIII

ROJAS y MARIA LUISA

ROJAS. ¡Señor Rojas!... El único amigo que no hubiera sido ingrato!... (Pausa.)

LUISA. (Entra por la derecha.) Papá, ¿es cierto que mañana se va mamá á la aldea?

ROJAS. Sí.

LUISA. ¿Y que se marcha esta noche Carlos?

ROJAS. Y Enrique.

LUISA. ¿Por qué se van?

ROJAS. Ellos, porque se lo impone una obligación sagrada...

tu madre, porque está mala y le aconsejaron los médicos aires más puros, mucho más puros...

LUISA. ¡Está mala! ¡Por eso llora tanto!...

ROJAS. Tú te quedarás conmigo: te llevaré á fiestas, y reuniones y teatros...

LUISA. Estando mala, yo no debo ir á diversiones, sino ir con ella... Cuando volvamos...

ROJAS. Tu madre no vuelve...

LUISA. ¿Qué dices? ¿qué quieres decir?

ROJAS. Que escojas entre los dos.

LUISA. Ella enferma y tú felíz: ella...

ROJAS. Pues vete...

LUISA. ¿No me quieres por eso?

ROJAS. (Rechazándola.) Vete... (Se va llorando Luisa por la derecha.)

ESCENA XIV

ROJAS y luégo CARRIEDO, GONZÁLEZ, MARQUÉS y el BARÓN

ROJAS. ¡Solo! Cuando realizo el sueño de mi ambición tener que sacrificarle al mundo todo lo que amaba en él!... Ni en ellos ni en mí hay culpa y debemos separarnos... ¡solo!... ¡Para qué quiero esta alegría del triunfo si no tengo quién se alegre conmigo!... ¡Solo! ¡solo! ¡solo!... (Apoyado en la mesa, va cayendo de rodillas y antes de que toque el suelo.)

CARR. (Dentro.) ¡Viva el Ministro!... (Rojas al oirlo, se levanta vivamente y sonriéndose le da la mano. Carriedo entra por el foro.) ¡Aquí está el hombre felíz!...

GONZ. ¡Á vestirse para jurar!...

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.